

DONDE PACEN LOS BÚFALOS

ROBERT BLOCH

De aquello hace dos o quizás tres veranos. El que os habla nunca fue un as en cosas de números. Doc, en cambio, tiene un montón de libros en su cabaña y hasta «Cabeza de Hierro» conserva unos cuantos en su «tipi». Pero a mí nunca me gustó el lenguaje de los libros, ni siquiera para los blancos, y mucho menos para los indios.

Yo me contento con conservar la piel entera y con tener una buena provisión de carne para rellenarla, una escopeta y unas cuantas trampas para procurarme pieles. La escopeta es la única compañía que se necesita más allá del Platte. Claro que cuando llega el invierno retrocedo con mi caza hasta el río, y me cobijo en mi madriguera con una «squaw» que me hace la ropa. Pero siempre hay muchas cosas en qué ocuparse y ni siquiera entonces necesito libros, a pesar de lo que dice Doc.

Los libros no te desollarán a un bicho ni te curarán la fiebre. Y tampoco los libros les ayudaron a ellos. Los libros tuvieron la culpa de todas las desgracias, estoy seguro. Ellos tenían libros a montones.

Pero es de ellos de quien quiero hablar. Como les digo, de aquello hace dos o tres veranos, no lo recuerdo con exactitud, lo cierto es que estábamos en verano. Estábamos en verano cuando ellos llegaron.

Me acuerdo de la noche en que ocurrió. Doc, «Cabeza de Hierro» y yo fuimos al río para ver si había llegado el equipo que debía traer los nuevos fusiles y municiones. Allí estaban. Para mí tenían un rifle nuevo, mantas y hasta unas chucherías para Taffy. Taffy era mi «squaw»; aún lo sería, pero murió de parto. Taffy tenía el pelo amarillo, igual que el mío. Supongo que era más blanca que india, aunque ahora todas son «squaws».

Lo cierto es que tuvimos fiesta durante un par de días para celebrar su llegada, como hacemos siempre, y Jed y Huck nos contaron grandes cosas del viaje. Cuando hablan de los lugares del otro lado del río dicen cosas extraordinarias. Doc sostiene que muchas cosas son ciertas, pero yo creo que exageran.

Después, nos separamos en cuatro grupos. Dos se fueron río arriba, a recorrer las trampas; uno, río abajo, con los caballos, a cambiar los rifles que habían sobrado y cazar con los del campamento vecino. Yo, Doc y «Cabeza de Hierro» nos dirigimos al Oeste, a la región de los búfalos. La yerba era abundante y nos figuramos que estailan paciendo por aquellos parajes. Queríamos llevar hacia el río a una buena manada. Entonces saldría todo el campamento -incluso mujeres, niños y viejos- y empezarían a disparar y no lo dejarían hasta tener pieles y carne suficientes para todo el invierno.

Este era el plan. Esperábamos tener que viajar durante dos o tres días.

Pero dimos con ellos la tarde del primer día. Fue al subir una loma, después de cruzar los llanos, con un sol que nos quemaba los ojos, y mirar hacia el valle que se abría al otro lado, en el que la hierba crecía en una extensión de cientos de millas.

Pero no vimos hierba. Todo estaba negro. Y se movía.

-¡Huh! -grañó «Cabeza de Hierro» ¡Búfalos!

-¿Búfalos? -preguntó Doc entornando los ojos tras de sus gafas-. Tienes razón. ¡Pero fíjate en las proporciones de esa manada! ¿Has visto alguna vez tantos búfalos juntos, Jake?

Tuve que reconocer que no. En toda mi vida, y había estado recorriendo aquellas tierras desde que pude sostener un rifle, vi espectáculo como aquel.

Había búfalos hasta donde alcanzaba la vista. Eran como una nube negra posada en tierra. Hembras, cachorros, ejemplares de un año, búfalos jóvenes con los cuernos negros todavía y búfalos viejos sin más afán que vigilar sus harenes.

-¿Damos un rodeo? -pregunté.

«Cabeza de Hierro» sonrió.

-Todo derecho. Tardaríamos dos días en rodearlos.

-¿Y si nos cierran el paso? -dijo Doc.

-Hacemos ruido -contestó «Cabeza de Hierro». Tuve que reconocer que tenía razón: los búfalos se desperdigan cuando se les ahuyenta. Así era como pensábamos llevarlos hasta el río, disparando. Pero primero teníamos que situarnos al otro lado de la manada.

Muy juntos, bajamos por la ladera en dirección a los búfalos. Doc nos hizo cantar.

Y eso hicimos. Cantamos viejas canciones como *Té para dos*, *Retumba el cañón* y *El novio de Sigma Chi*, todas con letras a cual más tonta. Pero hacíamos bastante ruido.

El caso es que dio resultado. Conseguimos entrar en la manada, sí, pero pronto empecé a dudar que pudiéramos salir de ella. Parecía no tener fin y yo me preguntaba si seguiríamos andando y cantando hasta que se nos gastara la voz.

-Es extraño -dije yo-. Hasta ahora no había visto manadas de más de tres o cuatro mil.

-Cada año aumentan -repuso Doc-. Es como en los viejos tiempos. Recuérdame esta noche que te lo cuente. Pero no cabe duda de que algo les ha obligado a reunirse.

-La sequía -dijo «Cabeza de Hierro»-. Más allá, todo seco. Tormenta de polvo, por eso se van. Búfalo, rumiante migratorio.

Tenía razón. Hacia el Oeste declinaba el sol entre brumas. Los llanos estaban secos y las manadas se reunían para ir hacia el Este. Entonces pude darme cuenta de que no se trataba de un solo rebaño sino de millares de pequeños rebaños, que oscilaban de unas veinte hasta dos o trescientas cabezas. Viejos machos conduciendo a las hembras y a las crías. Machos jóvenes formando grupos y esperando una oportunidad. Y aquí y allá los perdidos y los inválidos.

No nos atrevíamos a dejar de cantar. Os aseguro que me producía una sensación bastante incómoda avanzar por entre cientos de miles de individuos de afilados cuernos. También ellos alborotaban lo suyo; los cachorros bramaban y los viejos rugían y embestían a las hembras que se apartaban del rebaño. Vimos también unas cuantas peleas y algún que otro macho que se encabritaba. Aquel día olían muy fuerte, pero como hacía viento las moscas no molestaban. Fue una suerte, pues hay veces en que no se puede ni respirar a causa de las nubes de moscas que importunan a los rebaños.

Seguimos avanzando, cantando y mirando.

-Fíjate en esos guías -me dijo Doc-. Cada año son más grandes.

Era verdad. Algunos de los jóvenes medirían seis pies de alto por diez de largo. Y vi a más de uno con una anchura de tres pies y unos cuernos de dos. Un par o tres se acercaban a la tonelada. Y una tonelada son mil kilos.

Viéndolos de cerca, pude fijarme en las pieles. Lo que más abundaba era el marrón, pero aquí y allá se distinguía alguna de negra, parda, tostada y hasta azul. «Cabeza de Hierro» también miraba. Yo sabía lo que estaba buscando: un búfalo blanco. Son los más raros. A cambio de su piel se puede conseguir cualquier cosa, desde aguardiente hasta una nueva «squaw».

Pero aunque viera alguno no dispararía contra él, pues la detonación podría espantarlos a todos. Lo mejor que podíamos hacer era seguir andando y cantando, y eso fue lo que hicimos hasta que fue noche cerrada.

Por fin, acabamos de atravesar la manada y salimos al cauce seco de un río. De noche, los animales no se moverían. Por la mañana, emprenderíamos el viaje de regreso. Conque allí acampamos.

Ante todo, encendimos fuego y repartimos las provisiones.

«Cabeza de Hierro» sacó una pipa y se metió en su saco de dormir. Cerró los ojos y se quedó quieto como un muerto. Siempre hacía lo mismo, por la noche, en los campamentos.

Doc y yo permanecimos un rato sentados junto al fuego.

-No hago más que pensar en todas esas bestias, más de las que uno puede contar.

-La naturaleza es fecunda -sonrió Doc.

-De eso no sé nada; pero hay que ver cómo crían los animales. Igual los castores que los ciervos, que los alces y que los peces. Y también las moscas, los mosquitos y las pulgas. Y hasta allá arriba. -Señaló el cielo-. Fíjate en ese gran rebaño blanco que siempre cruza por ahí haciendo guiños. Doc, ¿crees tú que las estrellas también se casan?

-No sé -murmuró Doc-, ni deseo saberlo.

-Hay algo que no entiendo. Puesto que también nosotros somos animales, ¿por qué no nos multiplicamos con la misma rapidez?

-En el llano somos cincuenta y cinco -dijo Doc-. Río abajo hay otros cuarenta, y más allá cuarenta más y así sucesivamente. En realidad, debemos ser varios miles.

-Pero eso es sólo una pequeñez, si pensamos que de los otros hay millones. ¿Crees que algún día llegaremos a sumar millones?

-En otro tiempo los hubo -suspiró Doc.

-¿Te refieres a esas historias de los libros? ¿A las ciudades y a todo eso? -Me eché a reír-. No me digas que también tú crees esas sandeces.

-Es la verdad, Jake. ¿De dónde imaginas que salieron los libros? ¿Y acaso Jed y los demás no van con los caballos a las ruinas a coger fusiles y municiones de los arsenales? De sus propios labios lo has oído.

-No me lo trago. Yo digo que lo que él quiere es trastornarnos el seso con su palabrería. Miles de «tipis» de piedra, carros que se movían sin caballos... Es contrario a la naturaleza.

-Y por eso sucedió lo que sucedió. Los hombres se olvidaron de la naturaleza, Jake, lo he leído en los libros. Y mi padre me refirió lo que su padre le contó a él. Él vio lo que pasó. Hubo un tiempo en que por todas partes se levantaban ciudades y pueblos.

-¿Y qué pasó? ¿Qué fue de toda la gente? ¿Y por qué?

«Cabeza de Hierro» abrió los ojos un momento.

-La gente murió -dijo con un gruñido-. Hicieron mucha medicina mala llamada desintegración nuclear.

-Eso es -dijo Doc-. Se pelearon con unas armas horribles. Bombas atómicas y gases paralizantes. Las ciudades fueron arrasadas y los supervivientes se dispersaron. La mayoría murieron pronto. No podían vivir al aire libre, no sabían defenderse de los elementos. Hubo grandes epidemias. Durante el invierno, se helaban y pasaban hambre...

-No acabo de entender eso que dices. Lo de matarse unos a otros está bastante claro. Pero... ¿morirse de hambre? ¿Cómo iban a morir de hambre con toda esta caza?

Doc sonrió.

-Si te interesara, en los libros encontrarías la respuesta. «Cabeza de Hierro» está enterado, ¿verdad?

El indio volvió a abrir los ojos.

-Era algo biológicamente inevitable para devolver el equilibrio a la naturaleza.

A veces, la lengua de los indios, o de los libros, no sé, me deja hecho un lío. Pero Doc me lo explicó:

-Probablemente tienes razón. He aquí lo que pasó, Jake. Al principio, estas tierras eran, poco más o menos, como las ves ahora. Llegaron los hombres y se establecieron en ellas. Mataron a los castores. Dejaron los arroyos sin pesca. Cazaron búfalos y otros animales hasta casi extinguirlos, quiero decir basta que casi no quedó ninguno.

»Cuando terminaron las últimas guerras, sólo quedaban unos pocos ciervos, búfalos y osos aquí, en las regiones salvajes. Al este del Gran Río no había ni un solo animal salvaje. Y los gases, las bombas y las epidemias casi acabaron con los animales domésticos del Este; vacas, corderos, cerdos y caballos. Nosotros tenemos algunos caballos, por fortuna, y estamos tratando de criar más porque los necesitamos. Quizás algún día podamos tratar de arar la tierra.

-Arar trabajo de mujer -rezongó «Cabeza de Hierro»-. Perversión agrícola.

-No temas, todavía falta mucho para eso. Y sólo lo haremos si nos vemos obligados a ello. -Volviéndose nuevamente hacia mí, continuó:- Estaba explicándote lo que ocurrió. No había caza, y la gente se murió. Sólo sobrevivieron, aquí en las regiones salvajes, unos cuantos cazadores, tramperos e indios.

A pesar de que muchas veces Doc hablaba como los libros, yo conseguía pescar casi todo lo que decía.

-Poco a poco, se reunieron en pequeños grupos para defenderse mejor. Volvieron a practicarse los antiguos oficios, y volvieron a usarse las viejas lenguas y costumbres que habían conseguido sobrevivir a dos siglos de eso que se llamó civilización.

-¿Te refieres a la vida de ciudad? -pregunté.

-A la muerte de ciudad -dijo «Cabeza de Hierro», y Doc asintió de nuevo.

-Y aquí estamos. Hemos sobrevivido. Y los animales se han multiplicado sin que nadie se lo impidiera. Desde hace una generación, la vida vuelve a ser como antes. Hay caza en abundancia, y también los bosques han vuelto a crecer. De las ciudades no queda nada más que ruinas, y de muchos pueblos y caseríos ni siquiera ruinas. La vida ha vuelto a ser sencilla. Algo dura a veces, eso sí, pero... tranquila.

Aunque se me escapen muchas palabras, siempre consigo entender el meollo de lo que dice Doc. Echado de espaldas, mirando las estrellas, me puse a pensar en lo que acababa de oír.

Doc se tumbó también. Todo estaba en silencio, menos un coyote que aullaba en el cerro.

-Pero no me has dicho nada de las estrellas, Doc. ¿Tú crees que se casan? ¿A nadie se le ocurrió ir a enterarse?

Doc frunció el entrecejo.

-¿Qué te hace decir eso?

-Nada. Pero con esos armatostes que tenían y que tú me enseñaste en un libro... ¿cómo los llamaban? ¿Carretes?

-Cohetes. No; los hombres no llegaron a las estrellas. Iban a ir a la Luna. Hay quien asegura que cuando empezó la guerra algunos despegaron y...

Se calló bruscamente, y se sentó.

Yo también me senté. «Cabeza de Hierro» estaba ya de pie, con el rifle preparado.

Conque no había duda. Todo lo vimos y lo oímos.

Por el Este, hubo en el cielo como un relámpago anaranjado. Y un trueno muy gordo. Sólo que no fue un rayo ni había tormenta. Algo acababa de caer cerca del río.

-Un meteoro -murmuró Doc.

-¿Qué es eso? -pregunté.

-No puedo explicártelo ahora. Vamos.

-¿Dónde?

-Quiero ver si lo encuentro.

Estaba liando el petate. «Cabeza de Hierro» apagó el fuego con el pie.

-Bueno. Yo no voy a quedarme atrás. Pero el trueno se acerca.

-¡Callad! -Doc levantó una mano-. ¡Está en lo cierto!

-¡En lo cierto! Tengo razón. Limpiaros los oídos.

El rugido se acercaba cada vez más. «Cabeza de Hierro», que estaba escudriñando en la oscuridad, se volvió hacia nosotros y gritó:

-¡Búfalos! El ruido provocó la estampida. Vienen para acá.

No había duda: la manada galopaba por la pradera. Ahora se distinguían ya sus sombras negras que oscilaban a un ritmo de locura.

Nadie tuvo de decirme lo que había de hacer, ni tampoco a los otros dos. Nos dispersamos, pusimos una rodilla en tierra y empezamos a vomitar plomo.

-Hay que disparar al mismo tiempo -gritó Doc-. O no nos oirán.

Conque disparamos al mismo tiempo. Por lo menos, lo intentamos. Y las sombras se acercaban cada vez más de prisa. Ya se recortaban los cuernos a la luz de las estrellas, ya se oía gruñir, jadear y galopar. Sentí un nudo en el estómago, pues comprendí que nos había llegado la última hora. A menos que nos oyeran y se detuvieran.

Nos oyeron. Y no demasiado pronto. Los guías dieron media vuelta y chocaron con las hembras que venían detrás y durante un minuto estuvieron dando vueltas y levantando polvo. Luego la marejada fue calmándose y la ola se alejó hasta perderse a lo lejos. Los animales se tranquilizaron y volvieron a pastar.

Doc se puso en pie, restregándose las rodillas.

-Nos hemos salvado por los pelos. ¿Podremos atravesar sin peligro?

«Cabeza de Hierro» hizo un signo afirmativo.

-Vamos. Cantaremos *Adelante soldados cristianos*.

Conque volvimos a atravesar la manada cantando *Adelante, soldados cristianos, Abrázame en la hierba, No hay nada como el teatro* y todas las canciones que Doc nos había enseñado en las fiestas de primavera.

En la oscuridad era aún peor. A nuestro alrededor relucían ojos y cuernos. Pero nosotros seguimos andando, andando, andando.

Hasta que llegamos a la cumbre del cerro donde habíamos estado aquella tarde, miramos hacia abajo y lo vimos.

-¡Santo Dios! -exclamó Doc.

-¡Por todos los diablos! -dijo «Cabeza de Hierro».

-¿Qué es eso? -pregunté yo.

No me contestaron. Sólo siguieron mirando. Yo he visto en mi vida bastantes cosas raras, pero ninguna como aquella. Era un armatoste grande y reluciente, más grande que todos los «tipis» y las chozas juntas, y estaba posado en la pradera.

Nos quedamos embobados y por ello consiguieron sorprendernos por la espalda sin que advirtiéramos su presencia hasta que encendieron la luz.

Al principio, me cegó y apenas distinguí dónde apuntar con mi rifle. Luego oí la voz y supe que se trataba de un hombre.

-No disparen -dijo-. Somos amigos.

«Cabeza de Hierro» acababa de quitar el seguro a su arma. Tiene ojos de indio.

-Bajen los rifles -dijo el hombre-. Somos amigos, ¿entienden? -Volvió ligeramente la cabeza y comprendí que hablaba con otros hombres que había detrás de él-. Quizá no entiendan nuestro idioma.

Cuando me acostumbré a la luz, vi que el resplandor procedía de un bastoncillo que tenía en la mano. No se trataba de una linterna ni de ninguna de las lámparas de petróleo que yo conocía. Pero despedía una luz tan clara como la luz del día, y pude ver que con el que hablaba habían otros tres, todos tan parecidos entre sí como las briznas de hierba. Llevaban unos trajes hechos todos de una pieza y la cabeza descubierta, el cabello muy corto y la cara rasurada. Parecían cuatro niños grandes, esta es la verdad.

Yo no soy de los que se asustan de los niños. Y tampoco «Cabeza de Hierro». Bajamos las armas.

-Eso está mejor -dijo el que llevaba la luz-. Se ve que nos entienden.

-Claro que les entendemos -dijo Doc-. Nos asustaron, eso es todo.

-¿Nosotros a ustedes? -sonrió el hombre-. Esa sí que es buena. Pero esta no es forma de hacer las cosas. Después de todo, estamos viviendo un momento histórico. Habría que decir, por lo menos: «¿El doctor Livingstone, si no me equivoco?», o algo por el estilo.

-Pues dígallo. Da la casualidad de que a mí me llaman doctor Livingstone.

Hablaban como los libros, pero yo les seguía bastante bien. Como usaban palabras extrañas, se me grabaron en la imaginación.

Doc nos señaló con un gesto:

-Les presento a «Cabeza de Hierro» y a Jake.

-Yo soy el capitán Buckton -dijo el hombre-. El teniente Thorne, el teniente Winters y el teniente Taylor. - Nos señaló con un movimiento de cabeza-. ¿Entienden esos indios nuestro idioma?

-Abra los ojos. Yo no soy indio. Aquí, «Cabeza de Hierro» es un puro piel roja, pero estoy seguro de que habla mejor que sus amigos.

-No quise ofenderles -dijo el capitán Buckton que cogió a Doc del brazo-. Es una suerte encontrarles aquí. No sabíamos qué hallaríamos, ni si habría el menor vestigio de vida. Supongo que se habrán dado cuenta de que acabamos de aterrizar. Ahí está nuestro cohete.

Doc movió afirmativamente la cabeza.

-Ya lo hemos visto. Pero apenas podía dar crédito a mis ojos. Todavía circulan algunos rumores, pero nunca se supo a ciencia cierta que alguien consiguiera despegar.

-Le diré todo lo que desee saber -dijo Buckton-. Pero entremos en la nave y pongámonos cómodos.

Miré a Doc y él movió a cabeza afirmativamente. Conque allá fuimos. Dejamos que fuera él quien hablara por nosotros.

El grano de lo que dijo Buckton, después de quitada toda la paja es como sigue: Lo que Doc me había explicado era verdad como el Evangelio; me refiero a lo que me dijo acerca de la guerra y demás. Al parecer, había hombres que querían encontrar la senda del cielo y se fueron al desierto y se dedicaron a construir cohetes. Cuando las cosas se pusieron feas, decidieron largarse de la Tierra, conque liaron los bártulos y pusieron rumbo a la Luna.

Algunos consiguieron llegar; otros se quedaron por el camino. Según el tal Buckton -y, al decir de Doc, no tenía nada de embustero-, en la Luna, las cosas no son muy naturales. El peso de los hombres varía, cuesta mucho trabajo respirar y no hay vida de ninguna clase. Pero las naves llevaban máquinas para producir aire -cosa que no acabé de entender- y aquellos hombres se construyeron guaridas debajo del suelo. Por lo que dijo Buckton, debieron hacer ciudades parecidas a las que tenían aquí pero al estilo de las madrigueras de los perritos de la pradera. Durante algún tiempo, lo pasaron bastante mal. Luego, aprendieron a vivir de aquel modo. Dieron con la forma de conseguir metales y hacer máquinas. Inventaron el medio de producir aire y consiguieron alimentos. La palabra que empleó Buckton fue «Hidroponía» o algo parecido. También se producían el agua. Doc hizo un montón de preguntas técnicas; pero yo me quedé en ayunas. Lo importante es que salieron adelante.

Durante mucho tiempo, creyeron que la Tierra estaba liquidada. Pero estaban multiplicándose y necesitaban más espacio, por lo que llevaban varios años pensando en volver.

No fue cosa fácil hacer un cohete para el viaje, pero lo cierto es que lo consiguieron.

Doc hizo muchas preguntas sobre esto, pero yo perdí el hilo. Sólo diré que lo construyeron y se metieron en él para venir a la Tierra. Venían Buckton y seis hombres más para ver cómo andaban las cosas por aquí. El viaje duró un mes y aquí estaban.

-Pero, ¿dónde estamos? -preguntó Buckton.

-Al oeste de Platte -dijo Doc-. Nuestro grupo habita al otro lado del río, hacia el Este.

Entonces les dijo cuántos éramos, les habló de los otros campamentos y de la forma en que vivíamos. Les habló de la caza, de la pesca, del comercio y de todo.

Ahora era Buckton el que hacía preguntas y a todo lo que Doc le explicaba él decía: «Increíble», que me imagino debe ser lo mismo que decir: «Es la monda».

Entonces nos tocó asombrarnos a nosotros. Habíamos llegado a la nave cohete. Aunque lo llamaban nave, lo mismo podía ser un barco que cualquier otra cosa. Ni siquiera se parecía a los dibujos de los barcos que yo había visto en los libros de Doc. Era más bien como una bala muy grande y con aletas. Estaba puesto con la punta hacia arriba y se entraba por una puertecita de metal. Sería tontería tratar de decir cómo era por dentro. Nadie iba a creerlo. Pero yo lo vi, y no hablo por hablar.

Allá dentro conocimos a los otros tres y todos nos sentamos a platicar. Ellos no se sentaban en el suelo, sino que descansaban los cuartos traseros en unas cosas de metal. Tampoco hablaban como es debido y en cuanto a comer... Nos dieron lo que ellos llaman café. No pude engullirlo. Sabía a agua de teñir, y hasta Doc lo dejó.

Pero Doc parecía estar al corriente de todo. También «Cabeza de Hierro», aunque éste no despegaba los labios. Yo estaba esperando que el lobo asomara la oreja. Y la asomó.

-¡Es maravilloso! -dijo Buckton-. De lo que dicen ustedes deducimos que no encontraremos la menor dificultad. Venimos equipados para hacer un vuelo de reconocimiento, pero si las cosas están como dicen ustedes ello es casi innecesario. Ahora podemos volver, hacer un informe y equipar otras naves para un aterrizaje en masa.

-No acabo de entenderle -dijo Doc.

-Pero, ¿no es obvio? ¡Vamos a volver! Fíjese, según el último censo, somos más de cuarenta mil. Tenemos muchos técnicos y podemos instruir a muchos más. Disponemos de microfilms de todas las materias. Lo único que hay que hacer es volver a levantar las ciudades. Las fábricas funcionarán de nuevo, las líneas de transportes y comunicaciones entrarán otra vez en servicio. Emplearemos al grupo de ustedes y a todos los que podamos encontrar. Necesitaremos mucha mano de obra. Desde luego, nos proponemos volver a implantar un sistema fiscal y restablecer el control gubernativo. Supongo que habrá en el país otros hombres como usted, que posean suficiente inteligencia y una educación elemental. Para nosotros serán una gran ayuda.

-¿Usted cree? -preguntó Doc.

-¿Por qué no? Sin duda puede usted darse cuenta de las ventajas. Será como si hubiesen vuelto los tiempos de los pioneros; pero ahora contamos con la técnica moderna. En el plazo de una generación, habremos vuelto a poner el mundo como estaba antes de la guerra.

-¿Y si a la gente no le gusta? -preguntó Doc-. ¿Y si la gente prefiere que las cosas sigan tal cual?

-No se preocupe. Nosotros nos encargaremos de hacerles ver las ventajas -dijo Buckton-. Y hay muchos modos de tratar a los salvajes. Desde luego, no tenemos armas nucleares, pero no nos faltan medios. Las próximas naves pueden traer algunas baterías, para emplear en caso necesario, ¿comprende?

-Comprendo -dijo Doc. Y lanzó un suspiro.

-Bueno, no se ponga tan serio. Este es un día grande. Marca el comienzo de una nueva era para la Tierra. Tendría usted que sentirse orgulloso, como lo estoy yo, de tener la oportunidad de participar en él.

Tanta palabrería al estilo de los libros me daba dolor de cabeza, y tampoco Doc parecía muy contento.

-En el plazo de una generación, habremos vuelto a poner el mundo como estaba antes de la guerra -murmuró-. Pero, ¿cómo puede estar tan seguro de que nos detendremos ahí? Este país vuelve a ser rico en recursos naturales; madera, caza y minerales, Habrá disgustos.

El teniente Thorne se echó a reír.

-No los habrá si llevamos las cosas bien controladas. No pensamos incurrir en viejos errores. Conocemos los puntos flacos de la democracia. Por fin, los hombres se han civilizado.

-Es extraño -murmuró Buckton negando con la cabeza-. En tres generaciones de vivir en la Luna hemos adelantado hasta este punto. Ustedes, en cambio, han vuelto a caer en la barbarie. Viven como los indios o como los hombres de las cavernas. -Lanzó una rápida mirada a «Cabeza de Hierro»-. Quiero decir...

-Quiere decir sin problemas raciales -dijo el indio-, sin discrepancias religiosas, sin impuestos, sin guerra, sin problemas económicos, sin codicia, sin intolerancia, sin rendir culto al dólar ni a la máquina. Libres. Y eso es barbarie. También felicidad.

-¡Sabe hablar! -dijo el teniente Thorne.

-Sí; sé hablar. Sé hablar en la lengua de los libros y en lengua chapurreada, como los indios. Vivo en un mundo, pero he leído mucho sobre el otro. Lo suficiente para estar seguro de que prefiero el mundo en que vivo.

Buckton me hizo una seña con la cabeza.

-¿Y usted? -me preguntó-. ¿Qué es lo que piensa? Recuerde que es un blanco, no un salvaje.

Me rasqué la cabeza.

-No hay mucha diferencia entre los dos. De todos modos, «Cabeza de Hierro» tiene razón. Tenemos todo lo que necesitamos. Me gusta esta vida.

Buckton se encogió de hombros.

-No lo entiendo. -Se volvió hacia Doc-. ¿Cómo han permitido que las cosas llegaran a ese estado? Dice usted que hay otros hombres que se han instruido, seres inteligentes. Algo hubiesen podido hacer todos

ustedes para mantener las cosas a flote. Educar, restaurar... ¿Qué ha sido de las vías férreas, del telégrafo, del teléfono, de la radio? ¿Por qué no reconstruyeron las ciudades? ¿Por qué ese... ese...?

Se puso tan colorado como si se hubiese tragado un avispon. Doc le miró sonriendo.

-Yo me reúno con hombres de otros campamentos -dijo-. Ni «Cabeza de Hierro» ni Jake lo sabían, pero cada estación celebramos una junta. En nuestras reuniones, hemos hablado de muchas cosas. Las líneas del ferrocarril siguen en su sitio, pero están cubiertas por la maleza. Hace una generación se derrumbaron los postes del telégrafo y el teléfono. Las ciudades están en ruinas. De vez en cuando, vamos a los arsenales a buscar municiones y eso es todo.

-Ahora lo comprendo -dijo Buckton-. Necesitan equipo. Bien, nosotros se lo proporcionaremos. Les sorprenderá con qué rapidez volveremos a poner las cosas en orden.

-Pero ¿y la enseñanza? -preguntó el teniente Thorne-. ¿Por qué no han combatido esa incultura?

-Porque los incultos sobrevivieron -dijo Doc-. Los hombres cultos llevaron el mundo a la guerra y murieron. Entonces, los vagabundos, los proscritos, los parias pudieron demostrar sus aptitudes. Ellos vivían en armonía con la naturaleza. Desde entonces, hemos procurado fomentar esta actitud. Si un hombre como «Cabeza de Hierro» quiere aprender, le dejamos aprender. Si un hombre como Jake prefiere el analfabetismo es cuenta suya. Lo que importa es que «Cabeza de Hierro», Jake y yo y todos los demás, piensen o no como nosotros, hemos conseguido vivir en buena armonía. A mi entender este es el verdadero progreso.

Buckton se puso en pie.

-Entonces ¿debo interpretar que no está usted de acuerdo con nuestros planes? ¿No piensa colaborar en nuestra empresa de reconquistar el mundo?

-Nadie va a reconquistar el mundo puesto que nadie tenía derecho a conquistarlo. Ni los gobernantes, ni los sacerdotes, ni los usureros, ni los hombres de ciencia, ni los ingenieros. El mundo es de todos. Así pienso yo y así piensan «Cabeza de Hierro» y Jake y todos los demás. Pueden comprobarlo por sí mismos.

-Es lo que pensamos hacer. -Buckton se volvió hacia el teniente Thorne y los otros-. Mañana cruzaremos el río y hablaremos con esa gente. Después visitaremos otros campamentos. Reconoceremos las ciudades. Iremos al Este. Tal vez la gente piense como usted dice -añadió dirigiéndose a Doc-. Pero no importa, porque volveremos. Volveremos con los hombres indicados y las armas más apropiadas.

»No pueden ustedes hacer volver el reloj. En otro tiempo este fue un país salvaje, hasta que vino el progreso. Y ya saben lo que sucedió.

-Sí. -«Cabeza de Hierro» se levantó también-. Los búfalos murieron. Mi pueblo murió, Todo murió, salvo los blancos. Por eso acabaron matándose unos a otros. ¡El progreso hiede!

Entonces Buckton se destapó.

-Está bien. Ahora ya sabemos a qué atenernos. Y dadas las circunstancias, comprenderán ustedes que me veo en la obligación de retenerles aquí hasta que hayamos realizado una investigación en su campamento.

Doc se encogió de hombros.

-Lo esperaba -dijo.

-¿Qué ha querido decir, Doc? -pregunté.

-Que somos sus prisioneros.

Entonces comprendí por dónde iban las cosas. A una seña de Buckton, sus hombres nos rodearon. Dos detrás de cada uno de nosotros. Todos tenían pequeños revólveres.

Doc me miró, yo miré a «Cabeza de Hierro» y éste dijo.

-Ahuequemosles el pelo.

Yo me revolví y cogí por un tobillo al que tenía más cerca, levanté el rifle y le disparé a la cabeza. El otro disparó contra mí pero sólo me arañó. Le cogí y le arrojé contra el teniente Thorne. Doc estaba repartiendo culatazos cuando se le acercó Buckton, pero no tuvo necesidad de parar, pues «Cabeza de Hierro» agarró al capitán y lo partió por la mitad arrojándolo contra uno de aquellos soportes de hierro para las posaderas. Quedaban dos. Nos limitamos a apuntar y dejamos que los rifles les agujerearan la barriga.

Cuando terminamos había allí una buena humareda.

«Cabeza de Hierro» no se enfadó cuando Doc le prohibió arrancar cabelleras.

Conque, después de todo, los dejamos con pelo. Dimos media vuelta y salimos de allí.

El cohete, o nave, o lo que fuera, tenía un aspecto muy pacífico, a la luz de la luna. Yo miré hacia arriba.

-¿Crees realmente que vinieron de allá? -pregunté a Doc.

-Eso es, Jake.

-Entonces pronto nos mandarán otra nave.

-Si ésta no regresa, lo dudo.

-Me gustaría saber lo que dirán los del campamento cuando vean este armatoste. ¿Crees que alguno se enfadará con nosotros por lo que hemos hecho?

«Cabeza de Hierro» lanzó un gruñido.

-Quizá no llegen a verlo.

Doc y yo nos miramos. Aquel era lenguaje indio. Y claro.

Entonces comprendimos lo que teníamos que hacer.

Volvimos hacia el Oeste, donde estaban los búfalos. Fue un largo viaje. Cantamos sin cesar canciones como *Cuando sonríen los ojos de la irlandesa* y *Los músicos de Alexander* y la única que tiene sentido para mí, la única que tiene una letra clara: *La vuelta al hogar*. La cantamos durante casi todo el camino.

Por fin llegamos al otro lado de la manada que en la oscuridad se mostraba intranquila y recelosa.

Nos desplegamos.

Entonces empezamos a disparar. Cargamos una y otra vez hasta que emprendieron la carrera. Un millón de búfalos corrieron hacia el Este, espantados por el ruido de los disparos.

Corrimos tras ellos.

Pero es imposible correr a la misma velocidad que un millón de búfalos en estampida que, rugiendo, coronaban el cerro y se derramaban por el valle en el que el cohete señalaba al cielo.

Lo único que conseguimos fue llegar a la cumbre del cerro a tiempo de ver cómo ocurría. Desde luego, el cohete no les hizo detenerse. Siguieron galopando. La luna brillaba y pude verlo bien. Pude ver cómo caían sobre el cohete.

Sus pezuñas retumbaban como el trueno. Se oyó un potente crujido cuando mil búfalos embistieron el costado del cohete y, detrás de ellos, otros cien mil acabaron de aplastarlo.

Y, de repente, aquella bala grande explotó. Nunca vi ni oí nada parecido. El ruido fue inmenso.

Doc, «Cabeza de Hierro» y yo caímos de bruces y cerramos los ojos ante aquella llamarada. A nuestro alrededor llovió carne de búfalo y trozos de metal.

-Traían explosivos -dijo Doc.

-¡Cómo no! -exclamó «Cabeza de Hierro»-. Son el cargamento del blanco.

Me puse en pie y vi a los búfalos virar en dirección al río.

-¡Vamos! -grité-. Los del campamento saldrán al río en busca de carne. Tenemos que ayudarles.

Así lo hicimos y ahí terminó la cosa.

Doc, «Cabeza de Hierro» y yo dijimos que había sido un meteoro que al caer hizo explosión Y nadie pensó que pudiera tratarse de otra cosa. Pues del cohete no quedó más rastro que un hoyo negro en la pradera.

Como dije antes, de esto hace dos o tres veranos. Ultimamente pasé por allí. La hierba vuelve a crecer. Dentro de un par de veranos, todo volverá a estar bien.

Entretanto los búfalos pacen en el llano, como en los viejos tiempos.

Es un espectáculo muy apacible.

Donde pacen los búfalos. Robert Bloch
Where the buffalo roam. Trad. Ana Mª de la Fuente
Híelase la sangre. Pan 2
Plaza & Janés 1963
Digitalización: J.M.C. 2002